ACERCA DE BUERO VALLEJO

En "A propósito de Brecht" *(Ínsula,* núms. 200-201) dice Antonio Buero que espera conservarse lo bastante lúcido como para no llegar a ser totalmente "brechtiano", al igual que con una gran lucidez lo consiguió el propio Bertol Brecht.

La apreciación tiene su miga y es ante todo lúcida y muy acertada. Por ello la he tomado como punto de partida para resumir algo de todo cuanto llevo escrito acerca de la obra de Antonio Buero.

Creo que el estreno de *Historia de una escalera,* en el año 1949, inaugura en la España de la posguerra el teatro social popular. El advenimiento a los escenarios nacionales de Buero moviliza la sensibilidad teatral del país, totalmente adormecida desde los últimos estrenos de Federico García Lorca, anteriores a nuestra guerra civil. Para los que éramos jóvenes entonces significó mucho, ya que por fin un autor dramático prestaba testimonio de un tiempo histórico concreto y lo formulaba en un "lenguaje"—no sólo de palabra, sino de preocupación—que nos afectaba muy directamente a todos. De entonces acá casi ningún año Buero nos ha dejado sin su drama, sin su propuesta inteligente y honda, sin mostrarnos la veraz honestidad intelectual que posee. Creo prolijo insistir acerca de la importancia enorme del asentamiento en los teatros del país de la obra de Buero, así como de la eficacia de su constancia en el reiterado esfuerzo de escribir para el teatro, ni poco ni mucho, sino exactamente lo justo.

Dije que el teatro de Buero es social y popular. Pero es importantísimo el remarcar que su teatro es Teatro, *además* de ser social y popular. En cada una de sus obras—todas llevan su intención y su persuasión—*además* Antonio Buero se propone y bien resuelve determinados problemas de oficio, de creador puro y simple y en ningún caso se hurta a ellos, escudándose, por ejemplo, en la propuesta social de sus contenidos. Tampoco fuerza su creación, a fin de que discurra por cauces teórico-teatrales al uso, sino que con exacto conocimiento del valor que tiene para el creador la libertad de creación en ella se ejercita y sólo gracias a ello consigue los buenos resultados de hacer asequibles a la mayoría contenidos de interés sociológico indudables.

Es cierto que Buero, en muchas ocasiones, medio-dice las cosas. Pero ello no es en absoluto condenable, sino todo lo contrario. Al silencio no le sientan bien las candilejas, y cuando hay que decir lo que no se "puede" decir, lo honesto es intentarlo al menos, ya que si cuela, vale más agüado que sin decir, sobre todo cuando el agua es pura y no tiene la más remota relación con las concesiones deshonestas.

Desde 1949, gracias a este mediadecir Buero, personajes populares han venido ocupando el palco escénico, mostrándose al país con todas sus implicaciones económicas bien claramente estampadas en sus conductas. De esta forma, ante estos serios tipos, dichos de sainete, la madurez del público medio nacional ha entrado en proceso de desmistificación, prendiendo en sus conciencias un cierto sentido social del que carecía anteriormente. El pueblo, al margen del teatro durante la época benaventina, se incorpora plenamente a la creación dramática, ya que no sólo se escribe un teatro para él, sino que además pasa a constituirse en personaje central de casi todas las obras de Buero. Este hecho se nota muy especialmente en las tres obras históricas, las últimas, que Buero lleva estrenadas, con las que, dicho sea de paso, inicia su autor un tipo de teatro histórico serio, consciente y aleccionador, totalmente nuevo en nuestro país.

Pero por mor de lo sociológico, no deja Buero de plantearse problemas, como el de la esperanza, en un plano diferente, aunque no independiente, al meramente económico. No olvida tampoco a esos tipos tan nacionales, tan rabiosamente españoles, que a sí mismo se definen a través del Mauro de *Las cartas boca abajo,* como tristemente constituídos por retórica y miseria. También la inalcanzabilidad de las aspiraciones humanas está presente en su obra. Recuerdo *Hoy es fiesta, En la ardiente oscuridad* e incluso *Madrugada.*

Reyes sacó Buero a escena. Y personajes mudos. Y ciegos, terribles invidentes. Y pobres hombres. Y pícaro pueblo y consciente pueblo llano. También soñadores estrellados. Y reaccionarios, aunque triunfantes, bien denunciados. Creo que existe ya todo un mundo "bueresco", bien poblado, muy conseguido y además de aleccionador, *apasionante.* Subrayo esta última palabra, ya que sin pasión, con mera distanciación quiero decir, me parece muy imposible el que una obra teatral pueda resultar medianamente eficaz. Y la de Antonio Buero Vallejo lo es muy especialmente.

Es muy de elogiar y de apreciar el que el teatro de Buero haya prendido realmente en el público nacional, tan poco dado a admitir siempre cualquier creación artística que traiga consigo alguna que otra propuesta seria. Ello creo es debido a que Buero es un excelente constructor de teatro, y a pesar de todos los pesares y de todas las tendencias, lo que más respeta un hombre en otro hombre es su habilidad en el oficio, cualquiera que éste sea. Replantea esto la cuestión de la libertad de creación, junto a la *importantísima* posibilidad de creación por parte de alguien que se titule autor dramático. De nuevo nos hallamos ante la sorprendente evidencia de que siendo en sí historia la obra de arte, esté o no "comprometida", puede ser eso, obra de arte, a pesar de todo. En una palabra, que terciando en irónico, podríamos decir que hay dramaturgos, novelistas y poetas de altura, "a pesar" de estar comprometidos. Lo que ya no es tan seguro es que ocurra a la inversa.

Antonio Buero se conserva lo suficientemente lúcido para no haber llegado a estar totalmente comprometido, de la misma forma que Brecht no llegó a estarlo tampoco.

FRANCISCO SITJÁ PRÍNCIPE